CONTENIDO

Introducción242

Turquía: un sugerente puente entre Oriente
y Occidente en el marco de la globalización242

Conclusiones del trabajo de campo263

Comentario general desde la noción de
cultura viva: tensiones y desafíos264

Referencias275

Yory, C. M. (2021). Tensiones y desafíos para las relaciones entre lo local y lo global. En C.M. Yory (Ed.), *Identidad territorial, Globalización y patrimonio* (pp. 238-273). Editorial Universidad Católica de Colombia.
<https://doi.org/10.14718/9789585133761.2021.12>

1 El autor suscribe el presente trabajo como parte integral de la investigación *Identidad territorial, globalización y patrimonio*, desarrollada en el marco institucional de la Universidad Católica de Colombia, por tanto, cede los derechos para la presente publicación.

2 Arquitecto, Especialista en Cooperación para el Desarrollo de Asentamientos Humanos en América Latina y África, Magister en Filosofía, Doctor *Suma Cum Laude* en Historia y Geografía con un posdoctorado en Antropología Social. Investigador y docente en la Universidad Nacional de Colombia y en la Universidad Católica de Colombia. Consultor y conferencista internacional en temas relacionados con el desarrollo territorial integrado y la construcción social del hábitat y el territorio. Autor de numerosas publicaciones en distintos países. Presidente de la Red Internacional de Pensamiento Crítico sobre Globalización y Patrimonio Construido, RIGPAC. Candidato por Colombia en 2015 al Premio Mundial de la UNESCO en Desarrollos Innovadores en Ciencias Sociales, Artes y Humanidades.
<https://orcid.org/0000-0002-5079-6284>
cmory@ucatolica.edu.co / alzajir@yahoo.es

TENSIONES Y DESAFIOS PARA LAS RELACIONES entre lo local y lo global¹

12

Carlos Mario Yory²
Universidad Católica de Colombia

Estambul. Bazar de las Especies. Tiendas orientadas hacia el turismo

Juan Mantilla, 2019

Como queda claro desde el capítulo anterior, tanto el *pensar situado* como la *situacionalidad* resultan fundamentales para la comprensión del carácter patrimonial de la identidad territorial. En tal sentido, y con el objetivo de ilustrar hasta dónde la misma se ve afectada por las tensiones existentes en las relaciones entre lo local y lo global, la investigación consideró fundamental efectuar un análisis localizado de dichas tensiones, deseablemente en un lugar que por su carácter, naturaleza, historia, ubicación y atractivo para el orden global resultase paradigmático en este sentido (Nora, 2016). Tal las razones por las cuales se decidió hacer un recorrido por la costa egea de Turquía, en lo que hoy en día se conoce como la Turquía griega o, para efectos del enfoque del tema abordado en el capítulo anterior, a propósito del origen *situado* del pensamiento occidental, desde el cual hablamos, la Grecia turca (Bernal, 1987). Estudio que inicia en la ciudad de Estambul, toda vez que desde el siglo V de nuestra era se ha posicionado como el más claro puente entre Oriente y Occidente.

De esta forma, el presente capítulo integra las conclusiones del trabajo de campo³ desarrollado en el contexto antes señalado con unas consideraciones generales llevadas a cabo en torno a las preguntas guía que, desde el comienzo del trabajo, se planteó la investigación. Cabe mencionar que a él asistieron

3 El trabajo de campo mencionado se llevó a cabo en el marco del VI Work Shop Internacional de la Red Internacional de Pensamiento Crítico sobre Globalización y Patrimonio Construido, RIGPAC desarrollado entre el 14 y el 30 de julio de 2019 bajo la coordinación del Arquitecto José García (Universidad de Yıldız. Estambul), del Dr. Bernardino Lindez (Universidad de Granada) y del Dr. Carlos Mario Yory (Universidad Nacional de Colombia y Universidad Católica de Colombia, investigador principal y editor académico de este trabajo).

54 personas provenientes de 9 países con el objetivo de atender el objetivo antes mencionado.

Turquía: un sugerente puente entre Oriente y Occidente en el marco de la globalización⁴

Viajar supone explorar hacia afuera pero también hacia adentro. Conscientes o no, organizamos el mundo y nos relacionamos con él a partir de una serie de imaginarios que tenemos interiorizados, incluso sin saberlo. Y es que percibimos el medio a través de un filtro complejo compuesto por experiencia, discurso, género, cultura, formación, religión, edad, gustos, ideología, estado de ánimo y un largo etcétera, al que podríamos añadir como puntos de procedencia medios de comunicación, literatura, películas, experiencias propias y ajenas... Todas estas influencias nos atraviesan de manera más o menos evidente y configuran el modo en que vemos y juzgamos el entorno y el mundo. Viajamos, en fin, con una maleta más grande de la que pensamos y con un sobrepeso que, idealmente, deberíamos aliviar al (re)conocer el lugar de destino y su realidad.

4 El autor agradece los valiosos aportes a la presente reflexión de las siguientes personas participantes en el ejercicio: Bárbara Martínez, Alicia Berlinches, Carmen Camacho, Elena Chico, Miriam Fernández; Marcos Fernandez, Helena García, Cristina Infante, Kamil Zbigniew, José García, Mohamed Ali, Libertad Manglano, Trinidad Martí, Javier Ramos, Raúl Rosa, Juan Mantilla, Rosa Vicente, Víctor Castellón, Analia Loconsole, María del Carmen Martín, Concha Montes, Sara Navarro, Mercedes Navarro, Judith Vera, Andrea Romanelli, José María Romero, Laura Gallego, Juliana Sáenz, Evelyn Vallejo, Laura Zamudio, María Camila Castellanos, Estefanía Serrano, Lucía Serrano, Mauro Viciano, Matilde Viñolo, Gerardo Zeferino, Briggite Gámez, Bernardino Lindez, Pablo Ciccolella, Roberto Goycoolea, Iliana Mignaqui, Paz Núñez, Marcio Pinon, Claudia Alves, Indiana Garzón, Bárbara Falús, Nicolás Cambón, Luis Fernando González y Tatiana Montoya.

Figura 1. Ruta llevada a cabo dentro del ejercicio de investigación

Fuente: José García (2019).

En ese contexto, y a la luz de lo que nos ofrece el entorno estudiado, pretendemos ponernos frente a un espejo que, paradójicamente, en muchos aspectos nos contrasta, esto con el fin de analizar nuestros imaginarios acerca de lo que somos y no somos, en razón de lo que de tal operación resulta para la comprensión y valoración de lo que desde aquí denominamos identidad territorial.

Para el efecto se llevaron a cabo dos trabajos que en sus resultados se interrelacionaron: uno en la

Figura 2. Ambiente general en el autobús al inicio de la expedición

Fuente: Juan Mantilla (2019).

ciudad de Estambul —enorme megalópolis de 15 millones de habitantes— y otro, a lo largo de un periplo que iniciando en la ciudad de Edirne, ubicada en el costado europeo de Turquía, culminó en la ciudad de Ishimr en la costa sur del mar Egeo (figuras 1 y 2). Valga señalar que la enorme complejidad del mundo turco se pone de manifiesto, entre otras cosas, en el hecho de contar con tres capitales: una política (Ankara), otra cultural (Estambul) y una religiosa (Konia), cada una de ellas permeada por una permanente tensión entre el islam y el mundo occidental.

Es de aclarar que la presente reflexión no pretende ser un análisis exhaustivo de la vasta y compleja realidad de este país, sino una aproximación perceptual a la manera como, a los ojos de un grupo de estudiantes extranjeros,⁵ con distintas formaciones

⁵ Si bien el grupo está conformado por reconocidos y avezados investigadores, profesores universitarios, estudiantes y profesionales de múltiples nacionalidades y disciplinas, para los efectos prácticos de este ejercicio y del tipo de mirada en el constituido se puede considerar a todo el grupo bajo la categoría genérica de "estudiantes" pues a estudiar fue, en definitiva, a lo que fuimos.

y experticias, se vislumbra la relación entre los tres conceptos que animan la investigación general en su conjunto: identidad territorial, globalización y patrimonio.

Se trata, entonces, de un trabajo de observación directa en el que más que llegar a conclusiones categóricas lo que se pretende es acotar una serie de reflexiones que, seguramente dejando más preguntas que respuestas, puedan contribuir con el objetivo de la investigación en su conjunto.

Con este ánimo iniciamos nuestro recorrido por la costa oeste de Turquía, preguntándole al paisaje, al clima, a las ruinas griegas y romanas, a las iglesias y mezquitas, al trazado de las ciudades, a sus calles, a sus parques y a sus plazas, a sus mercados, a la indumentaria de su gente, a su gastronomía, a sus objetos de uso cotidiano y, por supuesto, a la gente misma, acerca de la manera como desde su identidad territorial, “empaquetan” y “venden” este amplio y rico patrimonio al mundo a través de la forma como viven y se muestran, más allá de lo que ofertan al turista o al viajero en las vitrinas de sus tiendas cargadas de esos tópicos locales que, en medio del mundo-mercado que promueve la globalización, tanto atraen al extranjero al dar cuenta de sus especificidades y sus diferencias (Figura 3).

No obstante, no hablamos de una burbuja contenida en el espacio-tiempo, sino de un contexto que, como pocos en el mundo, ha sido permeado a lo largo de los años por múltiples fuerzas que así conectan los cazadores y recolectores del paleolítico

Figura 3. Equipo de trabajo

Nota. Equipo de trabajo en una sesión de descanso en las escalinatas del templo griego de Apolo en Didyma. Fuente: Juan Mantilla (2019).

con los cruceros del “todo incluido” que promueven hoy en día las agencias de viajes.

Surge así un primer problema al trabajo de campo. ¿Dónde pararnos para definir la identidad territorial de un lugar por el que ha pasado —o se ha tejido— buena parte de la historia humana, como lo demuestra el genotipo de su gente y su variada y rica producción cultural, material e inmaterial? Ebrio coctel en el que convergen buena parte de las razas, pero también buena parte de las creencias y los cultos.

Si por un lado la investigación científica nos enseñó a desconfiar de las apariencias para “ir más lejos” en la búsqueda de las causas de aquello que examinamos, ¿qué tan lejos tendríamos que ir para entender la identidad territorial del pueblo turco conformado, a su vez, por toda clase de migraciones y relatos?

Ante esta vana pretensión y previo estudio de las correspondientes fuentes secundarias que nos

pusieron en contexto, la decisión estaba tomada: no teníamos otro camino que dejarnos llevar por las apariencias, a fin de cuentas, nos enseñaron los griegos —que a su vez aprendieron a pensar, a preguntar y a investigar en esta tierra— la apariencia, el fenómeno, es lo que permite dar cuenta de que lo que vemos y experimentamos. Es, por lo mismo, una *ocurrencia*, es decir, algo que ocurre, que se muestra, que se hace presencia a través de signos ciertos.

Así, lejos de creer, con Platón, que lo real es aquello que preface tras la ilusoria apariencia de las cosas y que, por tanto, una cosa es lo que vemos y otra lo que hace que eso sea lo que es, quisimos valorar las cosas en su real apariencia, en su ineludible contundencia estética. De este modo, sumamos a la investigación bibliográfica, el gusto, el tacto, la vista, el habla, la escucha, el análisis y el olfato. Que las cosas sean una *ocurrencia* quiere decir que *tienen lugar*, que hacen presencia y que, por lo mismo, dan forma y cuerpo al propio lugar en el que ocurren.

En este sentido, adoptamos una mirada experiencial que si bien, al menos en principio, no nos libraría de la inevitable relación sujeto investigador-objeto investigado, si nos permitiría, desde la extrañeza que experimenta quien se siente ajeno y distinto de lo investigado, sentirnos a la vez observados y por tanto extraños para aquellos otros que de tal suerte oponíamos en el examen. Operación que desde esta doble extrañeza nos permitiría, como en efecto ocurrió, sorprendernos en el encuentro con “el otro” de “lo mismo”,

que de tal suerte resultaba ser la propia extrañeza. Punto primero de un juego intelectual y experiencial que poco a poco fue develando, en la medida que se fueron superando los prejuicios que acompaña la extrañeza, las enormes similitudes entre el investigador y el investigado, al punto que bien pronto aceptamos que dichos roles fueran intercambiados.

En este punto lo que se tejió fue una nueva sorpresa, la de que estábamos en un mundo que, a pesar de las apariencias que estudiábamos, en el fondo no nos era tan extraño. Tras los versos del Corán encontramos los ideales del mundo cristiano y tras de unos y de otros las ideas de Platón. Tras los arabescos presentes en los azulejos de las mezquitas encontramos, no solo la ley del horror al vacío de los egipcios, sino la base del cálculo infinitesimal de Leibniz. Tras la maravillosa mezquita de Santa Sofía, encontramos los restos de una no menos majestuosa basílica bizantina. Tras los laberintos de las calles encontramos las huellas de un cuidadoso trazado romano. Tras las paredes de las casas encontramos los patios centrales y los claustros que el mundo hispano-musulmán heredó al denominado por Europa “nuevo mundo”. Tras la mirada interesada del vendedor encontramos el ingenio, el humor y el deleite del juego en la palabra que tanto caracteriza a los pueblos herederos del mediterráneo. Tras las celosías y los velos encontramos el recato y el respeto por la intimidad que, gracias a esa herencia, transferida por nuestros abuelos, resguardamos.

¿De dónde acá hablar de patrimonio turco cuando es buena parte de la herencia humana la que se tejió en medio de sus valles, sus montañas y sus mares? Ni que decir del encuentro de la Biblia, el Corán, el Talmud, los Vedas y los Upanishads con la sabiduría del Lejano Oriente que llevada por los mongoles allí tuvo lugar.

En este contexto, si bien la globalización, tal como la conocemos, es un fenómeno reciente en la historia humana, la idea de un mundo global, acaso híbrido y multicultural ya se incubaba en torno al estrecho del Bósforo desde tiempos inenarrables. ¿Cómo no preguntar allí por la noción de identidad, más aún, por aquello que de una u otra forma llamamos patrimonio? Si por un lado resulta evidente que cada quien procede de un lugar, y que, por tanto, es marcado por este desde lo que podemos denominar una identidad territorial, no resulta menos evidente que cada lugar está interconectado con los demás y que, por tanto, hablar de patrimonio turco, como hablar de patrimonio persa, chino o magrebí, resulta una vana pretensión, acaso una entelequia abstracta.

De esta suerte, y con el fin de aproximarnos a la comprensión de esta herencia que, como señalamos, no nos resulta tan lejana, divididos en grupos de trabajo se estructuraron los siguientes temas básicos que así se comportan como categorías estructurales del trabajo: *espacio público, estructura urbana y equipamientos colectivos, turismo y vida local, derechos y género*.

Espacio público, estructura urbana y equipamientos colectivos

El tema del patrimonio cultural, entendido desde la perspectiva de la identidad territorial, es analizado en este acápite a partir de la observación directa de las distintas formas de apropiación que del contexto urbano y sus equipamientos hace la gente. Para ello se efectúa un recorrido por calles, plazas y otros equipamientos de uso público como mezquitas, mercados y bazares, diferenciando en cualquier caso la ubicación de unos y otros según se trate de centros históricos o de nuevos crecimientos urbanos; esto dado que los impactos de la globalización, aunque similares en ambos contextos, presentan sus matices y diferencias (Figura 4).

Tres enfoques fueron utilizados en la mirada empleada: el físico, relacionado con el patrimonio material y la propia morfología de los lugares; el social, vinculado a las costumbres y modos de relación de las personas a través de comportamientos que dan cuenta de una forma de patrimonio inmaterial; y el cultural, derivado de los dos anteriores, que por dar cuenta de los aspectos materiales e inmateriales del patrimonio acusa distintas formas de identidad territorial.

En el caso de los centros históricos, exploramos el tema de la identidad territorial, ligada al patrimonio, a través de la manera como el espacio es usado y transformado en función de los circuitos de los turistas, hacia los cuales, al parecer, este se oferta a través de innumerables y variadas tiendas,

Figura 4. Imagen urbana de Estambul, cercana al acueducto romano de Valente

Fuente: Juan Mantilla (2019).

restaurantes y otros servicios cuya proyección frecuentemente se realiza en idioma inglés. Incluso, los productos que allí se ofrecen son frecuentemente maquillados o adaptados al gusto de los turistas (Figura 5).

Aquí, una de las manifestaciones principales de la apropiación del espacio público la encontramos en las calles de los cascos históricos, particularmente rebosantes de actividad tanto comercial como social (Yory, 2015). En ello incide la propia configuración de la trama urbana, con trazados irregulares y no planificados que alojan una arquitectura de sistemas constructivos tradicionales y crujías estrechas, lo que deriva en unos locales comerciales pequeños en planta baja que fuerzan al propietario a exponer su producto ocupando parte de la calle. Esta, al tener un trazado irregular, a menudo sin una alineación de la edificación homogénea, ofrece numerosos recodos, ensanchamientos y espacios de uso indefinido que acaban siendo colonizados por actividades varias, desde la comercial hasta la

Figura 5. Mercado turístico en Bérqama (Pérgamo)

Nota. Mercado turístico en Bérqama (Pérgamo): entre lo local y lo global.

Fuente: Juan Mantilla (2019)

derivada de la celebración de evento culturales o ritos religiosos.

Un aspecto a resaltar en el uso y apropiación de estos espacios es el clima, dadas las altas temperaturas que se alcanzan en temporada estival, la sombra se vuelve necesaria para una utilización agradable de calles y de plazas. Conocedores de esta situación, los vendedores aportan una solución arquitectónica tan sencilla como efectiva, los toldos, que cumplen la doble función de protección de la mercancía expuesta y de cobijo para el peatón —incluso para los numerosos perros y gatos que encuentran refugio en este gran socio-ecosistema urbano— y configuran una identidad en el espacio público que percibimos como muy característica (Sánchez de Madariaga, 2008): una simple calle se ha transformado en una galería sombreada y fresca, impregnada de los aromas y colores de los múltiples y diversos puntos de venta, abarrotada de compradores y simples transeúntes, de tenderos que traspasan la frontera del mostrador para ocupar las

Figura 6. Estambul. Barrio Eminönü

Fuente: Juan Mantilla (2019).

Figura 7. Espacio público

Nota. Extensión sobre el espacio público de la actividad comercial en las cercanías del centro tradicional de Estambul. Fuente: Juan Mantilla (2019).

aceras y establecer un sistema de vigilancia mutua donde se desdibujan los límites de los usos públicos, semipúblicos, semiprivados o privados, conformando un ente de mayor envergadura, un espacio común que configura la identidad de estos barrios y sus habitantes (Figura 7).

Figura 8. Calle comercial para turistas en Bodrum

Fuente: Juan Mantilla (2019).

En el caso de los ensanches, o de los nuevos desarrollos urbanos, encontramos que es el estilo arquitectónico el que marca la diferencia (Rossi, 1981), la cual muchas veces se debate entre la herencia otomana y los más sofisticados desarrollos de la arquitectura moderna y contemporánea. En ambos casos la presencia de las franquicias delata el influjo de los vientos globales que por todas partes tienden sus brazos y sus pretensiones homogenizantes.

Conforme nos alejamos del centro hacia los barrios de nuevo crecimiento, la atmósfera percibida es sensiblemente distinta: la variedad de usos en el espacio público se ha reducido y el ruido predominante ahora es el del automóvil. De nuevo, son varias las causas que propician esta transformación derivada de la planificación urbana formalizada en trazados ortogonales homogéneos, de calzadas y aceras anchas con avenidas de doble sentido en la circulación y una arquitectura genérica, heredera

Figura 9. Estambul. Nuevo barrio residencial y comercial
Fuente: Juan Mantilla (2019).

del Movimiento Moderno, que ofrece fachadas propias de lo que Auge (1993) llamaría un no-lugar y que, además, gracias a sus estructuras de hormigón y acero, generan locales comerciales de mayores dimensiones, con lo que se consigue un doble efecto: lo primero, los usos públicos están definidos y acotados, según un uso predominantemente comercial o residencial en el que comparten el espacio, la acera peatonal y el tráfico rodado.

Lo segundo, la atracción de estos espacios por parte de las empresas multinacionales que se establecen en estos puntos y modifican el entramado de usos que habíamos descrito en los centros urbanos, dado que la variedad y cantidad de negocios se reduce, trayendo consigo la disminución de la diversidad de la ciudad que en tales entornos comparte el uso de vivienda, de oficinas y de servicios, como en cualquier otra ciudad moderna del mundo occidental.

Estos negocios ofrecen productos de carácter genérico y global, por lo que no generan un sentimiento de pertenencia en el propietario ni contribuyen

con una economía circular, puesto que los beneficiarios del dinero obtenido son menos y no suelen ser habitantes locales sino agentes externos, que no dudarán en abandonar el lugar cuando la coyuntura económica así lo aconseje. De este modo, el modelo económico en estas áreas involucra más externalidades.

En cualquier caso, los procesos globalizadores que observamos traen consigo la pérdida de identidad original de múltiples calles y plazas generando, por otra parte, una “identidad mestiza”, a medio camino entre Oriente y Occidente.

Fenómeno que conforme nos alejamos del centro tiene, paradójicamente, y bajo nuestro punto de vista, un efecto opuesto cuando consideramos los equipamientos públicos, como mercados y bazares o mezquitas. En este caso, quizá por la influencia del turismo y el consumo, es en los centros tradicionales donde se tiende a perder la identidad originaria pues ya es dudoso saber a quién pertenecen estos equipamientos (si al local o al extranjero), mientras que es en las afueras donde apreciamos

Figura 10. Estambul. Barrio popular y moderno 4 Levent

Fuente: Juan Mantilla (2019).

una decidida apropiación local de tales equipamientos, los cuales, no hay duda, pertenecen a la población nativa (Figura 11).

El ejemplo comparado del Gran Bazar de Estambul y el mercado visitado en Pérgamo ilustra este planteamiento. El primero, reconvertido para el turismo, ha sacrificado su razón de ser para convertirse en un conjunto de apenas una decena de locales comerciales diferentes que se repiten por toda la extensión del bazar, convirtiéndose en un lugar para el consumismo donde prima el valor de cambio sobre el valor de uso, y al que principalmente acuden los turistas atraídos por las guías (Figuras 12 y 13).

Por el contrario, el mercado de Pérgamo no podría tener un planteamiento más sencillo: un gran espacio sensiblemente cuadrado, cubierto por una estructura metálica ligera, modular y económica que permite el paso del sol y del aire, y que resulta organizado con base a un eje de circulación principal que divide el interior en dos mitades, una para alimentación y otra para ropa.

Figura 11. Tienda turística con sabor local en Pérgamo

Fuente: Juan Mantilla (2019).

Aquí el éxito no está en satisfacer las demandas del turista, sino del local, y en este sentido, dicho mercado no solo cumple con su función de forma eficiente, sino que actúa como un catalizador social en torno al cual, incluso, se anexionan otros puestos de venta improvisados, mismos que probablemente por no poder permitirse el alquiler de un espacio en el interior, también contribuyen a aumentar y diversificar la oferta total, constituyendo de esta forma un modelo sostenible de ocupación del suelo en sus vertientes económica, social, cultural y ambiental, que fomenta el valor de uso por encima del valor de cambio.

Algo similar sucede con las mezquitas: mientras que las grandes construcciones se han reconvertido en museos, como Santa Sofía, o presentan claras fracturas en su utilización en función de si el visitante es turista o local, las mezquitas alejadas del centro, o no tan conocidas por el extranjero, mantienen su uso inalterado, ofreciendo un refugio identitario en un contexto cada vez más globalizado (Figuras 14 y 15).

Figuras 12. Estambul. Bazar de las Especies. Tiendas orientadas hacia el turismo

Fuente: Juan Mantilla (2019).

Figura 13. Mercado Central de frutas y verduras. Bérgama (Pérgamo)

Fuente: Rosa Vicente (2019).

Figuras 14. Estambul. Turistas en la Mezquita Museo de Santa Sofía

Figura 15. Joven musulmana orando en la Mezquita Selim de Edirne (Adrianópolis)

Fuente: Juan Mantilla (2019).

Turismo y vida local

El turismo se ha convertido en una actividad económica de gran importancia por su contribución al PIB y a la creación de empleo en numerosos países, actividad que en un país con tan extraordinarios atractivos naturales y culturales bien pronto conecta turismo y patrimonio, lo cual, el trabajo de campo pudo verificar a través de cuatro constataciones fundamentales:

Primera constatación: *El turismo como fenómeno global es un hecho innegable al que ningún gobierno quiere renunciar y Turquía no es la excepción, aunque la influencia de extranjeros de diferentes culturas y/o religiones pueda chocar con el ideario político de construcción de nación.* (Figuras 16 y 17).

Segunda constatación: *La oferta genera la demanda, lo cual evidencia la manera como el turismo de masas se dirige hacia lugares emblemáticos que no solo han sido dispuestos previamente para la ocasión, sino oportunamente ensalzados como referentes indispensables por la publicidad de los propios países y de los grandes operadores turísticos. La publicidad de las excelencias y cualidades de un lugar, de la mano de su oferta de servicios, promueve a la vez imaginarios y expectativas de satisfacción entre los potenciales consumidores de experiencias únicas a los cuales dicha publicidad va dirigida* (Viviescas, 2000) (Figuras 18 y 19).

Tercera constatación: *El turismo es un generador de cambios físicos, dada la presencia continua de*

Figuras 16 y 17. Turistas visitando el Palacio de Topkapi y haciendo "selfies" en el lavatorio de la Mezquita de Soliman. Estambul

Fuente: Juan Mantilla (2019).

Figuras 18. Puerto deportivo y apartamentos turísticos en Bodrum (la antigua Halicarnaso)

Figura 19. Turistas en el manantial termal en Pamukkale

Fuente: Juan Mantilla (2019).

masas de personas, locales y foráneas, y la actividad económica que ello genera, lo cual exige la adecuación y disposición de los entornos receptores que de tal forma ven afectados su capacidad de carga al tener que ampliar su oferta de infraestructuras, equipamientos, dotacionales y servicios. El costo es la alteración del paisaje, la presión sobre los recursos del ecosistema (el agua en primer lugar), el incremento en la disposición de residuos, la congestión vehicular, la ocupación de tierras agrícolas para la construcción de aeropuertos y autovías, el desplazamiento de puertos de pescadores por marinas deportivas, el crecimiento de nuevas áreas residenciales, hoteleras y comerciales en torno a los sitios de interés patrimonial, la intervención y/o remodelación de los centros históricos para

hacerlos adecuados a su condición de "escenarios" y ser solventes y atractivos para satisfacer las expectativas generadas por el ideario publicitario, la conflictividad con la población residente por la alteración de sus bienestar y, en muchos casos, la generación de condiciones de inseguridad y de violencia (Figura 20).

Cuarta constatación: *El turismo es un generador de cambios sociales*, dada la especialización que el mismo genera sobre el espacio urbano y la readecuación de las actividades económicas que reclama su presencia (Alguacil, 2000). Lo cual choca y entra en contradicción, no solo con los usos y costumbres sociales tradicionales o habituales, sino con la propia actividad económica local que, para atenderlo, debe adecuarse o transformarse (Figuras 21 y 22).

Figura 20. Ishmir (Esmirna) construcción de nuevas urbanizaciones

Fuente: Juan Mantilla (2019).

Ni qué decir del caso frecuente en el que los pobladores locales deben cambiar su actividad tradicional, en muchos casos ligada al campo, por la de meseros o mozos en los hoteles y restaurantes. O de aquel otro en el cual los jóvenes del lugar no encuentran otro camino que, o bien migrar, o bien dejar sus estudios y emplearse en actividades de baja formación y remuneración. Estas contradicciones y sus consecuentes tensiones económicas, culturales y, en definitiva, sociales, fueron agrupadas en el estudio en cinco grandes temas:

Religiosidad. Se aprecian dos usos de los edificios religiosos. Por una parte, el de los fieles que visitan estos lugares para practicar su culto y, por otra, la visita de los turistas que los valoran desde el punto de vista artístico, histórico, o simplemente los visitan como parte de un inagotable y muchas veces engorroso y agobiante *check list* del cual apenas queda la típica fotografía testimonial (Figuras 23 y 24).

Figura 21. Diliği, El puerto de pescadores pierde terreno frente a los cruceros turísticos. Estambul.

Figura 22. Tradición religiosa y modernidad laica contrastan y conviven en el mismo espacio

Fuente: Juan Mantilla (2019).

En este sentido observamos que los lugares religiosos o de culto que son considerados atractivos turísticos han incorporado toda una serie de señales que especifican las normas a seguir para poder acceder a dichos espacios, esto con el fin de no interrumpir o distraer los horarios de oración. Lo cual no ocurre en aquellos lugares que, aun teniendo el mismo valor patrimonial, sea en el edificio o en la actividad, no hacen parte de las rutas turísticas, lo

Figuras 23. Estambul. La Oración del viernes en la Mezquita de Selim

Figura 24. Estudio y análisis efectuado por el equipo de trabajo en el interior de una mezquita en Estambul

Fuente: Juan Mantilla (2019).

Figura 25. Estambul. Puente y estación de Metro sobre el Cuerno de oro

Fuente: Juan Mantilla (2019).

que permite allí llevar a cabo un contacto más directo con la actividad.

Movilidad. Se distinguieron disparidades significativas entre las infraestructuras en las metrópolis (metro, autobús, tranvía, funicular, botes de línea, taxi, etcétera), respecto a comunidades pequeñas del interior, en las que la infraestructura de transporte es de menor magnitud y no está pensada para satisfacer las necesidades del turismo. No está demás resaltar en este punto el nivel de congestión en torno a los sitios turísticos, pues si bien en casos

como el de Estambul se cuenta con un excelente sistema de transporte público, la gran cantidad de afluencia de visitantes resulta una enorme carga para el ecosistema urbano (Figura 25).

Impacto de precios, consumo y calidad de vida.

La demanda turística provoca que algunos productos de primera necesidad multipliquen su precio en los lugares a los que acuden los turistas (el agua embotellada, por ejemplo, dentro de los atractivos turísticos tiene un precio promedio de 6 liras, mientras fuera de ellos su costo es de apenas 1 lira). Estas diferencias de precio provocan desventajas para los habitantes locales, amén de las propias desventajas que para estos supone la prevalencia de la venta de souvenirs, bebidas alcohólicas y tópicos artesanales, sobre los productos (y sus precios) que abastecen la canasta familiar (Figura 26).

Seguridad ciudadana. Este es un tema de marcada prioridad para el Estado, toda vez que del mismo depende no solo la estabilidad interna del país, sino la afluencia del recurso económico que el turismo hala y genera. Es un hecho que el terrorismo donde más golpea es en aquellos lugares, no solo más emblemáticos, sino con mayor afluencia de gente, lo cual hace particularmente vulnerables a los lugares

Figura 26. Bodrum. Tiendas para turistas y vendedoras. Ambulantes
Fuente: Juan Mantilla (2019).

turísticos pues allí el efecto es múltiple: primero en la vida local, segundo en la imagen internacional, y tercero, consecuencia de las dos anteriores, en la economía; de ahí que no resulta gratuito que se extremen los controles en estas zonas. Sin embargo, las medidas disuasorias, como controles en lugares turísticos, así como en entradas al metro o a los hoteles, son más aparentes que efectivas, lo cual no deja de significar un trastorno para la población local que de una u otra forma ve afectada sus dinámicas tradicionales (Figuras 27 y 28).

Alteraciones de la configuración urbana y en las formas de uso tradicionales en el espacio público.

Tradicionalmente el espacio público, particularmente la calle en los países árabes, es un lugar en sí mismo y no una engorrosa distancia entre dos lugares, lo cual quiere decir que está ocupado por innumerables actividades que se desarrollan y orbitan en torno al comercio, no solo de bienes y servicios, sino de ideas, de imágenes de muchos lugares y de intercambios culturales (Figuras 29 y 30). Actividad que en el contexto de la presión y

Figuras 27 y 28. Controles de seguridad en Sitios turísticos y Mezquitas
Fuente: Laura Zamudio (2019).

de la demanda turística, si bien propicia y renueva los intercambios, de otra forma altera, no solo las actividades tradicionales —ahora particularmente volcadas sobre esta—, sino los códigos espaciales devenidos, muchas veces, en sendas escenografías, o en paisajes artificiales ambientados con decoraciones pintoresquistas que en su localismo adoptan precariamente códigos globales.

Derechos. Si bien el patrimonio presupone, tal y como apunta la UNESCO, un producto y un

Figuras 29 y 30. Bérgama (Pérgamo)

Nota. Celebración colectiva y en la calle de la fiesta tradicional de la circuncisión. Estambul, orilla asiática. Los nuevos desarrollos urbanos no resultan accesibles para una parte importante de la población.

Fuente: Juan Mantilla (2019).

proceso que suministra a las sociedades un caudal de recursos que se heredan del pasado, se crean en el presente y se transmiten a las generaciones futuras para su beneficio, nos interesó establecer cómo se articula dicha noción con la de los derechos que se ponen en juego cuando reflexionamos acerca de los desafíos de esta definición para la conservación del patrimonio.

La ampliación de derechos vinculados al patrimonio exige que su conceptualización contenga aspectos no suficientemente desarrollados o visibilizados. En este sentido, aparte de las clasificaciones harto conocidas de la UNESCO (patrimonio natural, patrimonio cultural, patrimonio construido, patrimonio material, patrimonio inmaterial, etcétera) cabe tener en consideración, cuando hablamos de los derechos de los pueblos, la relación que existe entre el patrimonio construido por las clases dominantes y el patrimonio construido por las clases subalternizadas, frecuentemente considerado por las primeras —cuando lo consideran— como patrimonio de segundo, tercero o cuarto renglón; esto en función de la distancia que respecto de uno u otro se estime, se ubica “su” propio patrimonio de

tal suerte autodenominado por tales clases como patrimonio de primer renglón.

En este sentido, cabe preguntar desde esta especie de “segregación patrimonial” ¿Cuál idea de patrimonio pesa más a la hora de relacionarla con la identidad territorial, un patrimonio turistificado totalmente en razón de haber sido declarado patrimonio de la humanidad o una modesta o, por lo menos, no pretenciosa producción material o inmaterial que por su ubicación, su escasa difusión, o su pequeño alcance permanece ajena a los circuitos turísticos? (Figura 31 y 32).

No tenemos aquí la pretensión de precipitar respuestas ni, menos aún, de mitificar la pobreza o la llamada autenticidad, tan criticada por Adorno, sino de apuntar algunas reflexiones que consideramos necesario incorporar al debate del patrimonio, particularmente cuando se quiere conectar este con el tema de la identidad territorial. Sobre esta base, nuestra experiencia de Turquía, extraordinariamente rica en las dos formas de patrimonio antes mencionada: el grandilocuente y el modesto, señalamos aquí cuatro consideraciones que a nuestra manera de ver permiten entender la relación

Figura 31. Artesanas ofreciendo su mercancía local en un poblado de la costa este de Turquía

Fuente: Alejandro Auat (2019).

Figura 32. Las multitudes invaden las ruinas de Éfeso

Fuente: Juan Mantilla (2019).

Nota. Las multitudes invaden las ruinas de Éfeso declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

entre patrimonio e identidad territorial desde una perspectiva viva e integrada a los derechos de los pueblos.

1. Patrimonio como expresión de derechos. Enfrentar estos desafíos exige considerar la construcción histórica de un Estado que fortalezca la noción y el lugar de la ciudadanía, pues solo el ciudadano se puede erigir como titular de derechos y de responsabilidades en la vida social y comunitaria. Incorporar el patrimonio como parte de esos derechos es, aún en nuestros días, un desafío que nos demanda una reflexión calificada.

2. Patrimonio y nación. Aunque la noción de patrimonio sea concebida como universal, la percepción que se tiene de este como expresión de derechos presupone un imaginario local o de nación que puede:

- Imponerse sobre imaginarios ligados a tradiciones e identidades distintas preexistentes.
- Ser apropiado por las fuerzas de la globalización.
- Fortalecer nociones de derechos o desviar la atención de derechos que están siendo fragilizados.

3. Patrimonio y globalización. Asegurar el derecho al disfrute del patrimonio como parte de los derechos de primera, segunda, tercera o cuarta generación implica profundizar la consciencia de su valor para la humanidad y, al mismo tiempo, enfrentar la tensión que sobre él genera la actuación de las fuerzas del mercado que, a la vez que anima la globalización, es animado por esta (Muxí, 2004). De esta suerte, lejos de resultar un anecdótico folclorismo al servicio del consumo turístico por parte de la gran burguesía, resulta ser la más clara expresión de lo que un pueblo es y conserva. Así destacamos:

- Derecho de acceso a los bienes patrimoniales entendidos como parte del espacio público y no como espacios comercializados de uso restringido.
- Derecho a la preservación de las tradiciones populares (Koolhaas, 2014).
- Derecho al conocimiento construido a partir de investigaciones genuinas y no de relatos fantásticos asociados generalmente a la comercialización globalizada.

Derechos que no pretenden ir en contravía del propio derecho que tienen las personas y los pueblos, en su legítima lógica de sobrevivencia, de comercializar su patrimonio, esto en el entendido de que dicha comercialización, en la manera como se haga, no vaya en contra del carácter identitario del propio patrimonio. Una cosa es asistir a la presentación de una danza nativa en un teatro en cualquier lugar del mundo y otra muy distinta es contemplar en un museo los rastros de un saqueo centenario que desde luego no guardan ninguna relación con el bien “trasplantado” de su original contexto. La preservación del patrimonio de la humanidad no la debe garantizar el resguardo que de él haga un imperio⁶, sino el cuidado que de él hagan sus locales y directos herederos.

4. *Derechos asociados al patrimonio.* El concepto de patrimonio se vincula a la identidad narrativa de un pueblo que de tal forma considera suyo lo que da sentido a su historia. Por ello, no se trata solo de salvaguardarlo, si no de asociarlo a otros derechos que permitan a la sociedad participar activamente en la valoración, cuidado y usufructo del mismo. De allí que el derecho a la preservación del patrimonio histórico y cultural, material e inmaterial, se debe articular con otros derechos, como:

- Derecho a la libertad de expresión, no solo oral o escrita.

6 Casos como el traslado del Altar de Zeus de Pérgamo al museo de Berlín, de buena parte del Partenón de Atenas al museo Británico, de innumerables templos y obeliscos egipcios a avenidas, parques o museos de Londres, Roma, New York o Madrid, son apenas un pequeño ejemplo de la aberrante forma de preservación de lo que, so pretexto de proteger —o explotar— un bien patrimonial de la humanidad, se convierten en monumentos, sí, pero no de otra cosa que de un saqueo puesto al servicio del relato de los ganadores.

- Derecho a un hábitat digno y sustentable.
- Derecho a unas condiciones de existencia digna.
- Derecho a la educación, no solo formal, sino informal y no formal de suerte tal que incorpore los saberes tradicionales.
- Derecho a la salud, en su sentido amplio y distinto al que se opone a la simple enfermedad.
- Derecho a la libre asociación.
- Derecho a pertenecer a una comunidad de sentido o a buscarle sentido a la misma cuando lo haya perdido.

En este sentido, el patrimonio como expresión de derechos capaz de re-significar el concepto de ciudadanía, obliga también a abrir un canal a la participación de los diferentes actores sociales en las decisiones y definiciones que atañen, no solo a su patrimonio, sino a la relación de este con su identidad cultural (Hernández, 2005). El derecho a “ser de un lugar, con todo lo que eso implica, debería ser el primer derecho a salvaguardar.

La experiencia de Turquía nos deja en claro que, si bien existen unos derechos fundamentales de los locales a no ser alterados por la presencia del turismo y, más aún, del fenómeno global que a través de la televisión y los demás medios de comunicación se introducen en sus imaginarios y sus comportamientos, estos mismos locales tienen el derecho, también, de aceptar o no estos imaginarios. El asunto no es si dejarlos entrar o no, sino ¿Cómo y

Figura 33. Imagen zona hotelera de Ishmir (Esmirna)

Fuente: Juan Mantilla (2019).

hasta dónde? Dado que su presencia es inevitable (Figura 33).

Que cada pueblo tenga, o no, un fondo insobornable, es precisamente cuestión de la relación que establezca entre su identidad territorial y lo que desde allí reconozca y valore como su patrimonio; al fin y al cabo, el patrimonio no es solo lo que un experto nos señala, sino lo que —y fundamentalmente— para cada quien le significa. He ahí una tarea fundamental para los Estados desde la

perspectiva, no solo de la educación con énfasis en conocimientos y valores, sino de su capacidad para generar ofertas que permitan a la gente vivir dignamente con lo que son sin que tengan que modificar o vender sus bienes, sus hábitos o sus tradiciones.

Género:

Uno de los tópicos que más llaman la atención del occidental en lo que se refiere al mundo árabe es el que tiene que ver con el trato o, si se prefiere, la concepción de la mujer. Valga señalar que lo que el occidental asume como “trato” o, más exactamente, “mal-trato”, a la luz de sus limitados y parciales parámetros, no es otra cosa que un juicio simplista hecho a la luz de lo conocido, de lo valorado y de lo construido en Occidente que para nada se atiene a la real comprensión de la concepción que los seguidores de Allah, en general, y los turcos en particular, tienen de esta. De ahí la necesidad de efectuar una mirada orientada hacia la construcción, deconstrucción y/o reconstrucción de los imaginarios que en Occidente se tienen respecto de la configuración de la identidad de género —asociada a la identidad territorial— en este contexto (Figura 34 y 35).

Tema particularmente sensible para el grupo de investigadores occidentales, en su mayoría mujeres, que en el marco del ejercicio mencionado se ven enfrentados a analizar este fenómeno desde su religión, su tradición y su cultura a la hora de ahondar en la noción de identidad territorial se ven obligados a hacerse las siguientes preguntas:

Figura 34. Mujer musulmana con burka haciéndose una autoafirmativa selfie

Fuente: Carlos Mario Yory (2019).

Figura 35. Edirne. Escena cotidiana en la Mezquita Vieja

Fuente: Juan Mantilla (2019).

¿Qué pensamos sobre el concepto de género en Turquía, antes incluso de llegar a este país? ¿De dónde provienen estas ideas? ¿Hasta qué punto estos discursos están atravesados por nuestro entorno? ¿Qué sucede cuando enfrentamos nuestras ideas previas a la realidad sobre la que operan? ¿Se transforman estas ideas o se reafirman? Preguntas que valientemente fueron asumidas por el grupo de investigadoras desde una perspectiva que les supuso, hasta donde esto es factible, “tratar de ponerse en el lugar del otro” de suerte tal que, desde una mirada lo más desprevenida posible pudieran, no solo conocer ese “otro”, sino confrontarse, incluso, con sus valores, conceptos y hasta principios.

Para ello iniciaron su pesquisa explorando los diferentes enfoques que, por parte de hombres y mujeres, se tienen frente al tema con el ánimo de

establecer la incidencia del género en la elaboración de estos discursos y en el tratamiento de los imaginarios frente a este. Respecto de este particular, las investigadoras optaron por asumirse ellas mismas como objeto-sujeto de estudio antes de entrar a analizar el tema en el contexto turco, así se preguntaron: ¿Leemos de la misma manera a una mujer en Turquía que a un hombre? ¿Qué consejos se dan a las mujeres y qué consejos a los hombres cuando preparan un viaje de estas características a estos destinos? La respuesta a estas preguntas desembocó en una serie de diferenciales que no solo hablan de los imaginarios creados, sino también de las diferencias de género que en el propio Occidente persisten.

Así, el ejercicio de aproximación supuso realizar una observación crítica de los propios imaginarios,

no solo como occidentales, sino como mujeres occidentales, esperando establecer, desde aquí, un punto de partida, al menos parcial, a la comprensión de la identidad de género en Turquía a partir de la experiencia y la subjetividad propias. Aspiración que exigió enfrentar los prejuicios a través de un ejercicio de reflexión y reconocimiento propio que, desde su vivencia como mujeres, colocase a las investigadoras en un “adentro” del objeto investigado, el cual no era la mujer propiamente dicha, sino la comprensión de la situación del tema de género, en este caso femenino, como parte fundamental de la identidad turca.

Dado que es imposible —y además insensato— establecer conclusiones rígidas, universales, contundentes e inamovibles, en principio por la propia limitación de la aspiración antes planteada, dado que las investigadoras no pretendían sentirse turcas, el método de aproximación escogido —la inmersión— supuso revisar las propias ideas preconcebidas con el fin de reevaluarlas al contrastarlas con la experiencia del trabajo de campo (Figura 36).

Una primera fase del ejercicio implicó, más allá de la experiencia directa de las investigadoras en el territorio, efectuar una serie de entrevistas a los participantes, hombres y mujeres, en el ejercicio; esto con el objetivo de conocer sus impresiones y recoger el sentir general. A partir de esta actividad y de su categorización se bosquejó un imaginario colectivo preliminar teniendo en cuenta el carácter diferencial de la muestra (edad, origen, género,

Figura 36. Encuentro de dos mundos, convergencia de dos perspectivas

Fuente: Juan Mantilla (2019).

formación e intereses). De esta forma la entrevista se desarrolló en torno a las siguientes preguntas:

- ¿Cuál era tu imaginario previo sobre el concepto de género en Turquía?
- ¿De dónde crees que provienen las ideas que has apuntado como imaginario?
- ¿Qué te dijeron tus seres queridos al anunciarles tu viaje?
- Desde tu género, ¿cómo estás viviendo tus días en Turquía?
- ¿Consideras que se ha transformado tu idea sobre el concepto de género? ¿En qué sentido?

Como resultado de este ejercicio se establecieron buena parte de los tópicos y prejuicios que en Occidente se tiene, no solo del mundo árabe, sino particularmente de la idea de “lo turco” asociado a una misteriosa, incomprensible y peligrosa “otredad”, en gran medida permeada por la imagen que el mundo cristiano-occidental elaboró en torno a este, de ahí la frase que las madres recatadas y

recelosas del cuidado y bienestar de sus hijas le imprimieron a varias de las investigadoras antes de iniciar el viaje: “Como vuelvas con un turco, me llevo un disgusto”.

En una segunda fase, se realizó una lectura crítica de este imaginario, a partir de la reelaboración, deconstrucción o destrucción que cada persona ha elaborado de sus propias ideas al confrontarlas, efectivamente, con la realidad. Valga señalar que la aproximación a dicha realidad supuso una aproximación parcial condicionada por el tiempo limitado del ejercicio y por la necesidad de complementar el mismo con otro tipo de instrumentos y aproximaciones, lo cual impidió obtener conclusiones sólidas y categóricas, no obstante, no se puede desconocer la validez del mismo en los aportes que de este, en tanto aproximación perceptual, se pudieran derivar para un trabajo más riguroso y científico.

Es de aclarar que el propósito no era emitir una sentencia frente a la situación de la mujer turca a través de facilistas e inapropiadas categorías que rápidamente despacharan el tema a través de afirmaciones como “machismo”, “posesividad”, “dominación” o “autoritarismo” para aludir a la relación de los hombres frente a estas, sino ubicar el papel de la mujer en la construcción y afirmación de la identidad territorial, lo cual se hizo evidente a través de la comprensión de su papel en la transmisión de los valores de la cultura, en el cuidado y educación de los hijos y, entre otras cosas, en la comprensión del enorme significado que a través de esta cobra la intimidad y la vida doméstica.

En un mundo donde es tan protagónica en la vida pública y civil la presencia del hombre, no lo es menos el valor y la importancia de la vida doméstica en lo que para la estabilidad familiar y social esta representa. El papel o, incluso, el valor de la mujer no se puede medir en razón de qué tanto vaya cubierta en la calle, sino en qué tanto puede hacer para cuidar su cultura y, de tal suerte, afincar el patrimonio que territorialmente esta representa.

Después de muchos años en que primó el espíritu laico en Turquía y la mujer adquirió, no solo derechos, sino responsabilidades en la vida civil (Lefebvre, 1969), como lo demuestra el número de mujeres profesionales, empresarias y funcionarias, el país, por tanto tiempo orbitando entre Oriente y Occidente y, por lo mismo, tomando lo mejor y lo peor de ambos mundos, actualmente enfrenta el reto, a la luz de las oportunidades y fortalezas que económicamente lo atraviesan, de construir un islamismo occidental abierto, proactivo e incluyente, o de plegarse a las tendencias más conservadoras, tradicionales y retardatarias.

En cualquier caso, siempre estarán allí las mujeres, fieles a sus hombres, a sus familias y a su cultura. Inquietas, curiosas, creativas, ingeniosas, formadas e informadas, porque así se han construido en el marco del papel que la historia les asignó para cerrar o para abrir el puente entre Oriente y Occidente. Así, desde la casa, la mezquita, el bazaar, la escuela, la empresa o la universidad en la que se encuentren, seguirán aportando su visión, su trabajo y su compromiso con su cultura y con su gente.

Conclusiones del trabajo de campo

Si bien son muchas las lecciones que deja el ejercicio realizado, a continuación nos atreveremos a listar algunas de ellas en el entendido de que, por supuesto, no es posible agotar el tema, ni mucho menos aludir a todos los aspectos que se derivan de una observación participante como la efectuada durante el mismo. Hecha esta aclaración anotamos que:

- Los imaginarios que traemos con nosotros suponen, en general, una idea cerrada y rígida de identidad, que habilita dualismos simplistas en nuestras miradas. Sobre todo, en referencia a las relaciones y posiciones de género.
- Es necesario objetivar las apreciaciones y valoraciones con que se examina un hecho patrimonial cualquiera tratando de superar los imaginarios, las preconcepciones y los prejuicios que se tienen.
- El patrimonio como expresión de derechos y la re-significación de su concepto, obliga a abrir un canal a la participación de los ciudadanos en las decisiones y definiciones que atañen a la relación entre este y la identidad territorial.
- A la hora de valorar la identidad patrimonial existe una dualidad entre lo local y lo global promovida, no solo por el choque de imaginarios culturales, sino por la promoción que de unos y otros hacen los promotores turísticos, las agencias de viajes, el cine y los medios de comunicación a la luz de unos parámetros

consumistas, tanto de bienes, como de imágenes y experiencias. Desde aquí, se le atribuyen tiempos de recorrido a los lugares en relación con una idea de valor asociada al consumo, para así afirmar que ciudades como Estambul merecen 5 días mientras que otras como Pérgamo o Efeso, apenas una tarde...

- La dualidad antes mencionada se manifiesta tanto por la diversidad cultural de un turismo mayoritariamente occidentalizado con respecto a las tradiciones locales, como por el hecho de que el turista y el habitante local compiten por el mismo espacio, pero con necesidades distintas.
- Si el turista sale de los recorridos habituales, puede tomar contacto con usos o eventos tradicionales que muchas veces se desarrollan en los espacios públicos. En este caso la identidad territorial no se confina, limita o vende a través de tópicos convencionales, sino que aflora de manera natural y desprevenida al no estar contaminada por la noción del espectáculo o de espectacularidad que ofrece el tópico al foráneo.
- La religiosidad, no solo restringida a los sitios de culto, es una señal de identidad cultural que, marcando el territorio de diferentes maneras, difícilmente resulta alterada, de ahí el enorme valor que proporciona el aproximarse a ella para comprender, en sus formas de ser y de hacer, dicha identidad.
- Ni la identidad territorial, ni el patrimonio cultural son inamovibles, inmutables e inalterables,

por el contrario, tanto una como otro tienen un carácter permeable, dinámico y procesual.

- Si la influencia de la globalización no es controlada tiende a borrar o a diluir en confusos mestizajes los usos y costumbres atentando contra la identidad territorial, mientras que si se canaliza de forma respetuosa puede aportar y enriquecer cada contexto generando, no solo transformaciones, sino afirmaciones.
- La experiencia del territorio, y sobre todo el trato con las personas que en él viven y/o lo usan, modifica cualquier idea esencialista de identidad, exigiendo entender esta de una manera flexible, dinámica y desprejuiciada.
- Las personas no se instalan en un lugar de manera inmodificable, sino que a la vez que transforman el mismo incorporan en su vida elementos materiales e inmateriales que terminan por recualificar, redimensionar y acotar los relatos y las narrativas de su propia existencia. Así, vestimenta o roles en el comercio, en el culto o en el espacio público, adquieren plurales matices y sentidos que obligan a complejizar la mirada del científico social (García Canclini, 1996), pero también del turista inteligente, de ahí que su efectiva valoración sea tan importante para obtener, no solo una comprensión más acertada y respetuosa culturalmente, sino rigurosa científica y académicamente.
- La revisión crítica de nuestra propia mirada significó un tránsito entre una idea de identidad

cerrada e inmodificable —que dificulta la comunicación y la enmarca en el miedo y la ignorancia—, y una idea de identidad narrativa, flexible y dinámica —que habilita la posibilidad de comunicación con el otro de manera más simétrica y respetuosa—, pues nosotros mismos nos afirmamos desde una identidad también.

- A cada pueblo le corresponde cuidar lo suyo y a todos nosotros nos corresponde cuidar lo nuestro, de suyo anclado a todo lo largo y ancho del planeta.

El equipo de trabajo agradece la colaboración y apoyo de todas aquellas personas que en Colombia, en España y en Turquía hicieron posible este ejercicio y confían que los resultados del mismo aquí presentados sean vistos, más como una sugerente invitación a ampliar la reflexión, que como unas conclusiones culminantes, definitivas y cerradas (Figura 37).

Comentario general desde la noción de cultura viva: tensiones y desafíos

Teniendo en cuenta la pregunta central de investigación que anima el presente trabajo: ¿Cómo articular, desde una política concebida a partir de la relación entre cultura, identidad territorial y patrimonio, demandas globales con desafíos locales y, a la vez, demandas locales con desafíos globales? Consideramos pertinente cerrar el mismo con un posicionamiento general derivado de la diversa y rica variedad de reflexiones y análisis desde donde

Figura 37. Presentación de los resultados del IV Work Shop internacional RIGPAC

Nota. Presentación de los resultados del IV Work Shop internacional RIGPAC. Colegio de Arquitectos de Ishmir. Turquía. Julio 29 de 2019. Fuente: Juan Mantilla (2019).

cada autor abordó las preguntas específicas de investigación que ya señalamos desde el capítulo 1 pero que ahora reordenamos a luz del interés del presente acápite:

- a. ¿Bajo qué parámetros la identidad territorial puede cobrar un papel fundamental en la comprensión del sentido de lo local?
- b. ¿Qué habría que considerar para articular identidad territorial y desarrollo?
- c. ¿Qué rol deben desempeñar los gobiernos locales en la preservación y defensa de los bienes patrimoniales que de una u otra manera dan cuenta de la identidad territorial?
- d. ¿Cuál es el rol que juega la comunidad en la preservación de la identidad territorial sin caer en chauvinismos patrimonialistas?

- e. ¿Qué debe tenerse en cuenta para construir una interacción sana y responsable entre identidad territorial, globalización y patrimonio construido?

En este orden de ideas, y sin pretender integrar aditivamente los posicionamientos recogidos a lo largo del trabajo —lo que en nuestra opinión le restaría fuerza a cada contenido, de hecho apoyado en una respectiva argumentación— señalamos ahora, de manera general y, por tanto, sin el ánimo de agotar el tema de forma exhaustiva, algunas de las principales reflexiones que a nuestra manera de ver es posible derivar de los posicionamientos mencionados —desde el concepto de cultura viva a partir del cual nos situamos— para la definición de los temas críticos a los que aluden las preguntas señaladas. Valga señalar que con este ejercicio lo que pretendemos es inferir y en ningún caso compilar o, mucho menos, concluir.

Identidad territorial y sentido de lo local

La noción de identidad —particularmente la de identidad territorial que de alguna manera nos permite apartarnos en el contexto de este trabajo de cualquier psicologismo— se encuentra íntimamente ligada, o bien a la idea de inscripción al interior de una fracción espacial y normalmente limitada o confinada del mundo circundante, o bien a la idea —quizá más sugerente y contemporánea— de adscripcionalidad electiva, esto es, de identificación con una idea, con un tema o con una causa que a su manera acusa otro tipo de territorialidad no necesariamente espacializada, ni por lo mismo confinada o limitada a un determinado entorno físico-ambiental; ideas en cualquier caso permeadas por una u otra idea de identificación o de sentido de pertenencia.

En el primer caso, la pertenencia se acota a través de un entorno socio-espacial delimitado histórica, geográfica, política, económica, ambiental y culturalmente (Bossé, 2013) a la luz de una paleta más o menos compartida de valores, de sentidos y de significados, siempre relativos en lo que se refiere a su dimensión espacial y siempre epocales en lo que se refiere a su dimensión temporal. En el segundo, la misma la constituye una decisión motivada por una necesidad, un deseo o una simple empatía, coyuntural o no, desde donde la territorialidad se ejerce de manera muchas veces virtual a través de ese espacio público que para el efecto ofrecen las redes sociales, las plataformas virtuales y la interactividad informacional.

Si en el primer caso la territorialidad se visualiza a través de entornos delimitados y concretos: una vivienda, un predio, un vecindario, un barrio, una vereda, una ciudad un país o un emplazamiento cualquiera, en el segundo, la misma se ejerce de manera aleatoria, electiva, simultánea y muchas veces yuxtapuesta. Es la territorialidad de las marcas, los gustos, las aspiraciones, los deseos, las necesidades y los miedos.

En ambos casos está presente el lenguaje de por medio, en ambos casos la dimensión emocional dota de sentido, tanto la idea de territorio, como la de identificación con este, en ambos casos la identidad territorial, en su dimensión socio-emocional, nos ata al mundo a través de una idea particular de él (Holzer, 2013), mundo que solo así se hace “nuestro mundo”, cualquiera que sea la escala o la manera en que nos reframos a él.

La identidad territorial supone —en tanto inscripción circunscrita a una espacialidad, a una cultura, o a una afinidad electiva— una u otra forma de *circunscripción*, es decir, de pertenencia al mundo, a una idea de mundo y/o a un fragmento de él. Circunscripción que por apropiarse del mundo, en cualquiera de sus sentidos y/o escalas, alude a una u otra forma de *circunmundanidad*, concepto que no debe entenderse como el simple entorno donde nos encontramos sujetos de una manera predeterminada, inexorable y pasiva, sino como un marco con el cual, no solo interactuamos, transformándolo, sino desde el cual ejercemos nuestra individualidad como sujetos particulares o colectivos.

Es precisamente este ejercicio de interacción el que permite que la identidad territorial no suponga un vacío sentido de pertenencia derivado de una pasiva adscripción natalicia desde la cual debemos identificarnos con el lugar en el cual vinimos al mundo, sino que por el contrario comporta toda la carga simbólica que de tal o cual manera nos permite afirmarnos, desde cada particular circunstancia, en nuestra individualidad, así ejercida en un determinado marco histórico, geográfico, político, económico, social y cultural, no en vano Ortega señalaba que *somos en nuestras circunstancias*, por tanto, identificarnos territorialmente supone, en primer lugar, aclarar qué entendemos por territorialidad, no solo en su dimensión física sino, y sobre todo, significativa y, por lo mismo, socio-emocional. A fin de cuentas, como dice el dicho popular “uno no es de donde nace sino de dónde y cómo se hace”.

De esta forma, en tanto seres *circo-estanciales*, nuestra idea de identidad territorial va atada, necesariamente, a uno u otro sentido de lo local, no solo en términos espaciales sino, sobre todo, *estanciales*, dado que nuestra idea de territorialidad va de la mano de nuestras particulares maneras de ser y, por lo mismo, de estar. No solo estamos frente al mundo, sino que hacemos parte de él, por tanto, nuestra *estancialidad* da cuenta, tanto de ese mundo con el cual interactuamos, como del propio mundo desde el cual lo hacemos, y es precisamente allí, en ese juego interactivo que supone la relación hombre-mundo, donde tiene lugar, tanto la territorialidad como el sentido mismo de lo local.

De esta suerte, en tantos hijos *circo-estanciales*, y por tanto localizados del matrimonio de la historia y la geografía, estamos abocados a abrirnos un lugar desde donde proyectar nuestro sentido, por tanto, no solo nacemos en un lugar, sino en una circunstancia acotada en el espacio-tiempo. En tal sentido, no es el lugar de nuestro nacimiento el que nos determina, sino la *circo-estancia* en la cual nacimos en el marco del mundo circundante (Yory, 2017); sea esta la marca primigenia de nuestra identidad territorial abocada, por lo mismo, a identificarnos con aquello con lo cual sentimos que pertenecemos o con aquello que, culturalmente, nos retrata o llena de una u otra manera.

Identidad territorial y desarrollo

El concepto de desarrollo es, sin lugar a dudas, uno de los más complejos y polisémicos que existen en lo que se refiere, no solo a su uso en el contexto de las ciencias sociales, económicas y ambientales, sino en lo que tiene que ver con el ámbito de la política, la filosofía, la biología, la química o la medicina.

Para el caso que nos ocupa, es decir, el de su relación con el tema de la identidad territorial, cabe mencionar que el mismo tendría que examinarse a la luz de los actores que al interior de territorios concretos tendrían que definir, no solo qué entender por el concepto de desarrollo, sino como orientar sus esfuerzos, particulares y conjuntos, hacia la adecuada satisfacción del mismo.

En este punto resulta crucial, tanto la caracterización *situada* (Auat, 2011) y diferenciada de cada

actor, en el marco de su específica naturaleza, contexto e interés, como la definición de los aspectos comunes que entre unos y otros animaría una sana y respetuosa interlocución.

Cabe señalar aquí que, si por un lado cada actor tiene, no solo su propia idea de territorio, sino que de hecho carga con un cierto tipo de territorialidad —acaso múltiple y en ocasiones yuxtapuesta con la de otros actores— por otro lado, debe existir una base común de territorialidad con la cual unos y otros se identifiquen en la perspectiva, no solo de establecer un piso común, sino de trazar desde allí una orientación compartida desde la cual la idea de desarrollo que definan tenga sentido para todos y se legitime para cada uno.

En este orden de ideas, la cultura viva, material e inmaterial, en su carácter patrimonial, juega un papel fundamental, ya que no solo aporta una base común de lenguaje, sino de significados, valores, paisajes y prácticas culturales, lo cual permite conectar ambiente, entendido como entorno, y desarrollo (González, 1999), un desarrollo que en consecuencia cabría denominar territorial (Yory, 2013).

Desde este punto de vista, la identidad territorial no puede entenderse como una entelequia abstracta —de incierto papel en el ámbito de la vida práctica—, o como un tema que solo compete a la cultura, o al muchas veces inasible campo de las ciencias sociales, sino como elemento fundamental, no solo para la construcción de un modelo concertado de desarrollo o, cuando menos, de la definición de las líneas para satisfacer uno importado,

sino para su apropiación individual y colectiva, requisito fundamental para la sustentabilidad del mismo (Yory, 2013) y, con él, de las acciones que desde este se conciban, también, de manera particular y colectiva.

El papel de los gobiernos locales

Sin lugar a dudas, la política pública cumple un papel fundamental en la tutela de los bienes patrimoniales que de tal o cual forma exaltan el carácter, no solo vivo, sino vital de la identidad territorial al interior de la cultura. No obstante, su papel no puede limitarse a la simple protección de tales bienes, por la vía de una legislación o de una normativa al respecto. Por el contrario, es necesario que el concepto de salvaguarda se extienda a los distintos actores sociales para que en función de cada uno y de sus respectivas particularidades e intereses —de tal forma *situados* para el efecto— se construya colectivamente un blindaje que proteja tales bienes.

Es más, resulta competencia de los gobiernos locales establecer una lógica proactiva, y no simplemente reactiva, ante las múltiples amenazas que los rodean. Para ello, acciones en el marco de la *pedagogía social* o de la *planeación estratégica situacional*, contribuirían, no solo con la preservación del patrimonio sino, incluso, con su construcción, toda vez que, como reza el viejo proverbio holandés, este no debemos entenderlo, solamente, como algo que heredamos de nuestros antepasados, sino como algo que tomamos prestado de nuestros hijos. Tal el papel de estos bienes en la afirmación de

la identidad territorial y, por esta vía, en la autoafirmación individual y colectiva.

En el caso de la pedagogía social, llevando a cabo acciones concretas que por la vía de la educación formal, no formal e informal, enseñen a pensar patrimonialmente, esto es, desde principios y valores *situados* que, a la vez que permitan poner en obra la identidad territorial, posibiliten la toma de conciencia frente a los impactos y consecuencias del deterioro o abandono de los bienes patrimoniales que de tal o cual forma nos muestran pues, al fin y al cabo, no son solo los bienes los que están en juego, sino nuestra propia identidad individual y colectiva.

En el caso de la planificación estratégica situacional, incorporando la noción de identidad territorial en la definición de todas aquellas acciones comprometidas con la definición y satisfacción de un imaginario social construido colectivamente. Imaginario que en consecuencia parta de lo que somos para definir, desde allí, qué queremos ser y qué papel juegan todos aquellos bienes que de tal o cual forma nos caracterizan y expresan.

En cualquier caso se trataría, desde la administración pública, de orquestar actores y de concertar intereses para que la salvaguarda del patrimonio dependa menos de la tutela pública y de la normativa, y más de la acción multiactoral colectiva por la vía de la co-responsabilidad. A fin de cuentas, es fundamental que todos y cada uno nos veamos como parte del problema para que así nos asumamos como parte de la solución.

El rol de la comunidad

Si bien cada sociedad cuenta con catálogos más o menos extensivos de lo que considera su patrimonio, en la elaboración de los mismos —salvo para el caso del patrimonio inmaterial— no suele tener cabida la participación de la comunidad, toda vez que estos frecuentemente son levantados por especialistas en la materia, quienes se sirven de las directrices internacionales —lideradas por la UNESCO— para establecer, desde allí, lo que debe o no ser considerado de tal forma; en tal sentido, de acuerdo con esta entidad, si bien dentro de la categoría de *patrimonio cultural* se deben incluir:

- Los monumentos: obras arquitectónicas, de escultura o de pintura monumentales, elementos o estructuras de carácter arqueológico, inscripciones, cavernas y grupos de elementos, que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia;
- Los conjuntos: grupos de construcciones, aisladas o reunidas, cuya arquitectura, unidad e integración en el paisaje les dé un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia;
- Los lugares: obras del hombre u obras conjuntas del hombre y la naturaleza, así como las zonas, incluidos los lugares arqueológicos, que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista histórico, estético, etnológico o antropológico (UNESCO, 2020 p.134).

En la categoría de patrimonio cultural inmaterial se entienden:

aquellos usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas – junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes – que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural. Se manifiestan en los siguientes ámbitos:

- a. Tradiciones y expresiones orales, incluido el idioma como vehículo del patrimonio cultural inmaterial.
- b. Artes del espectáculo.
- c. Usos sociales, rituales y actos festivos.
- d. Conocimientos y usos relacionados con la naturaleza y el universo.
- e. Técnicas artesanales tradicionales (UNESCO, 2020, p. 134).

Lo cual quiere decir, que si para efectos del patrimonio material son los expertos los que mandan la parada a la hora de establecer qué es o no patrimonio cultural, para el caso del patrimonio inmaterial es la comunidad la que define qué es lo que de una u otra forma la identifica y, por lo mismo, representa. Lo cual corrobora la manera como se elaboran los consecuentes inventarios nacionales del patrimonio cultural, material e inmaterial, en el primer caso:

Propiedades inmuebles, edificios singulares, instalaciones industriales, casas conmemorativas de personas notables del pasado, monumentos, cementerios y tumbas, sitios arqueológicos

y paisajes culturales —entornos artificiales y hábitats naturales significativamente alterados por ser humano—, hechos por el hombre e importantes desde el punto de vista histórico o cultural, presentes en el territorio de un país y cuyo valor como patrimonio ha sido reconocido mediante un proceso oficial de selección e identificado y registrado por separado (UNESCO. p.135. La grilla es nuestra).

Y, en el segundo:

Los inventarios resultantes de un proceso de identificación y definición de elementos del patrimonio cultural inmaterial presentes en un determinado territorio, en el que participan comunidades, grupos y organizaciones no gubernamentales pertinentes, y que se reconoce como necesario para asegurar la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial. Dichos inventarios describen uno o más elementos específicos de patrimonio cultural inmaterial en su contexto propio y los distinguen de otros. Los Estados son libres de adoptar distintos planteamientos para inventariar el patrimonio inmaterial presente en su territorio, pudiendo crear un único inventario general o un conjunto de inventarios más pequeños y restringidos (UNESCO, p. 135).

Más interesante que las definiciones de la UNESCO, por ser menos polarizante y dicotómica, nos resulta la definición de patrimonio cultural que acuña la DIBAM chilena, para la cual este debe entenderse como:

Un conjunto determinado de bienes tangibles, intangibles y naturales que forman parte

de prácticas sociales, a los que se les atribuyen valores a ser transmitidos, y luego resignificados, de una época a otra, o de una generación a las siguientes. Así, un objeto se transforma en patrimonio o bien cultural, o deja de serlo, mediante un proceso y/o cuando alguien, individuo o colectividad, afirma su nueva condición (DIBAM, 2005, s.p.).

Como se ve, en esta definición la sociedad y, a través de ella, las diferentes comunidades en su especificidad, son quienes definen, a la luz de un carácter dinámico basado en una consecuente idea de patrimonio vivo o, si se prefiere, de cultura viva, qué es lo que como patrimonio —de manera incluso polisémica, en tanto abierta a diferentes usos y significaciones— las identifica en función de categorías populares, particulares, cambiantes y propias (Ruipérez, 2006).

Es precisamente esta apropiación y resignificación de lo patrimonial lo que permite pensar en su preservación y cuidado a la luz de un claro concepto de sustentabilidad social, aliado indispensable en el enfrentamiento y/o autoafirmación de lo local frente a lo global.

Identidad territorial, globalización y patrimonio construido, una relación a construir

Uno de los temas de reflexión más recurrentes en el ámbito de las ciencias sociales en el mundo actual es el que tiene que ver con las relaciones entre lo local y lo global, motivado, en gran medida, por la aparente amenaza de desdibujamiento de

lo primero por la vía de la pretendida imposición acrítica y homogeneizante de lo segundo. En este sentido cabría preguntar:

- ¿Hasta dónde el orden global resulta ser una amenaza o una oportunidad para lo local?
- ¿La globalización, en sí misma, supone la supresión o acaso subordinación de todo localismo?
- ¿En el contexto del mundo global en el cual vivimos, qué debemos entender por identidad territorial?
- ¿En el marco de las relaciones dadas entre lo local y lo global, qué debemos entender por patrimonio construido y cómo conservarlo?

Interrogantes que, dada su complejidad y amplitud, apenas podemos abordar ahora, de manera genérica, aportando algunos puntos de reflexión que confiamos resulten de utilidad para futuras investigaciones.

En este orden de ideas, frente a la primera pregunta tendríamos que señalar que el orden global es una oportunidad, en tanto permite visibilizar las diferencias propias de cada especificidad local, pero también es una amenaza, en tanto no solo puede hacer de ellas una mercancía, sino que puede subsumirlas al servicio de una única racionalidad.

Ante la segunda pregunta tendríamos que anotar que lo local fulge de una manera distinta para la globalización, según se aborde el tema desde la perspectiva de la globalización económica neoliberal, o desde la óptica de la globalización cultural. En

el primer caso, lo local aporta una serie de ventajas comparativas que el mercado bien pronto subordina a la lógica de la competitividad, dinamizando y enriqueciendo los intercambios, no siempre justos, no siempre equitativos.

En el segundo, lo local pone en juego una especificidad que enriquece la diversidad y por tanto anima la multiculturalidad. No obstante, no se puede desconocer que la lógica apabullante y avasallante del mercado que impera en ambos ámbitos tiende a hacer el uso más conveniente, a sus intereses, de las particularidades y localismos que así serán defendidos mientras renten.

Con respecto a la tercera pregunta, resulta claro que la identidad territorial hoy en día debe entenderse desde la comprensión tanto de la noción de identidad como de territorio, para lo cual, no solo la dinámica del mundo actual, sino la revolución técnico tecnológica e informacional aportan, sin duda, importantes elementos de reflexión.

De esta forma, en el caso de la identidad no podemos entender la misma como un simple asunto de “mismidad”: lo idéntico a sí mismo en oposición a lo que define y caracteriza de manera diferenciada a un “otro”, sino más bien como un tema de “ipseidad”, es decir, como un asunto de mismidad no idéntica asociado a la idea de sí mismo, tal como lo señalan autores como Sartre (2005) o Ricoeur (2006).

Lo cual quiere decir que hoy en día no nos basta afirmarnos en nuestra identidad desde la caracterización de un “simple no otro” —en lo que

claramente resulta ser una afirmación negativa— sino que precisamente nos afirmamos en el ámbito que construye la relación entre el “ser en sí” y el “ser para sí” (Sartre 2005), en tanto ser que decide y desde aquí se arriesga a ser, siendo, esto es, lo que cada quien quiere ser en el marco de una multiplicidad de opciones y, por lo mismo, de destinos. Opciones de entre las cuales escogemos, siempre, a la luz de una idea particular del sí mismo, de forma tal que la identidad deviene *identificación* para así ser aquello con lo cual nos identificamos.

En el mismo sentido, la idea de territorialidad pasa, también, por una transformación radical frente a la noción clásica que de ella se tenía en la modernidad, pues ya no puede ser entendida como una simple circunscripción, o adscripción socio-espacial confinada o restringida a un entorno geográfico o simbólico, sino como un contexto relacional de naturaleza múltiple, coyuntural, a veces efímero y, otras tantas, yuxtapuesto.

Desde un punto de vista socio-espacial, lo anterior significaría que hoy en día no nos define, o identifica, lo que nos rodea del mundo local en el cual nacemos (una arquitectura, una música, una gastronomía, una indumentaria o, incluso, un sistema relacional restringido) desde lo que podríamos denominar una territorialidad gratuita o pasiva, sino aquello con lo cual cargamos, como identificación, en nuestra interacción con un macromundo que de tal suerte nos permite, como diría Goethe, ser a la luz de una u otra “afinidad electiva”, la cual, por

definición, no se define ni agota en el marco de nuestra inmediata y limitada circunmundanidad.

Un papel fundamental cumple aquí la revolución técnico tecnológica e informacional a través de los muchos mundos que pone, no solo en contacto, sino en juego. Mundos que se visibilizan y habitan a través de ese nuevo espacio público que gracias a las redes sociales nos permite circular diariamente construyendo empatías o antipatías, es decir, identificaciones o confrontaciones autoafirmativas.

Si la identidad territorial da cuenta de un sentido de pertenencia a un entorno físico o significativo, tendríamos que reconocer que en la actualidad tal entorno se posibilita y ofrece de manera multiescalar, puesto que el sentimiento de arraigo hoy en día lo proporciona, menos los lugares que las relaciones con un todo que por todos lados regurgita glocalismo. Más que pensar globalmente para actuar de manera local, subsumiendo toda diferencia en el magma hegemónico de la globalización, el pensar localmente —y por tanto, comportarse de tal forma— nos permite actuar y, acaso impactar, de manera global; tal es el sentido de la puesta en valor del patrimonio, más allá de su rol como dinamizador del mercado en tanto simple mercancía puesta al servicio del gran capital.

Al fin y al cabo, en nuestros días es más fácil responder a la pregunta de *¿dónde estamos?* —la que, de otra parte, no carece de algún grado de relativismo o de dificultad— que a aquella otra que nos preguntaba *¿de dónde somos?*, dado que ser y estar ya

no resultan lo mismo, salvo que respondamos que estamos en algún lugar de la red, y que por tanto nos asumimos como seres diluidos, acaso difusos habitantes de todos los lugares por igual y, por lo mismo, de ninguno de ellos en particular, lo cual equivaldría a afirmarnos como seres de camino, ya no arraigados en el espacio-tiempo, sino arrojados a la movilidad y, por tanto, abandonados a la fugaz aleatoriedad de un presente expandido.

Lo cierto es que más allá de esta disquisición posmoderna y del innegable hecho de que la mayor parte de los habitantes del planeta vive en entornos específicos desde donde disfrutan o padecen realidades socio-espaciales concretas que de tal suerte los determinan, y acaso identifican dentro de territorialidades geográficas e históricas particulares, tanto la idea de identidad como de territorialidad han ido cambiando en medio de las dinámicas que sobre ellas ejerce el muchas veces inasible mundo global.

Desconocemos si llegará el día en que perdamos definitivamente nuestras raíces y nuestros referentes particulares e inmediatos en el marco de la puesta en escena de un único mundo, lo cierto es que, por acción o por omisión frente a los dictámenes planetarios, hacia allá caminamos. El punto es definir si un mundo homogéneo e indiferenciado es lo que queremos... Esa es en nuestra opinión la pregunta que pone de relieve hoy en día el tema de lo patrimonial y que, por lo mismo, justifica el compendio de reflexiones aquí contenidas.

Frente a esto, y a propósito de la cuarta pregunta, tendríamos que señalar que en el marco de las actuales relaciones entre lo local y lo global —específicamente al interior del modelo de globalización neoliberal que estamos viviendo—, el patrimonio construido ha dejado de ser un bien colectivo cargado de historia, de memoria, de significado y de sentido, para devenir en un simple bien de consumo puesto al servicio, por la vía particularmente del turismo, del mercado y del gran capital.

Dentro de ese marco, las políticas de conservación, a nivel global, se han visto impelidas a garantizar no solo la preservación y enlucimiento de los bienes denominados patrimoniales, sino su adecuada disposición y promoción regional, nacional e internacional, aunque para ello tengan que ser resignificados con el fin de poder reutilizarlos, deseablemente, también, como un servicio (hotel, restaurante, centro comercial, cultural o de negocios, etcétera), lo cual, si por un lado revive el bien patrimonial, desmuseografiándolo, por otro lado, no deja de ser una decisión parasitaria y mercantil la que lo ampara en razón de que su valor no está en su contenido manifiesto, en su lenguaje o en su significado, sino en su rol estratégico para la promoción de los lugares o entornos donde se encuentre.

En este punto, la pregunta de cómo conservarlo pasa, en primer lugar, por aquella otra que tendría que responder ¿para qué hacerlo? En tal caso, si la respuesta se deriva del uso mercantilista antes señalado, no queda más que reconocer su carácter de mercadería y, por tanto, su distancia de cualquier

valor que lo asocie con una u otra identidad territorial de forma tal que, como escenografía, su suerte la define su ubicación mediática dentro de los circuitos del consumo.

Esto sobre la base de que la sociedad no se manifieste y se conduzca de su propia suerte, la que ligada a su patrimonio y, por lo mismo, a su identidad territorial, acepte que vaya a la deriva, sujeta, tan solo, a los vaivenes de la moda y del mercado que mueve la economía y la cultura a nivel global.

Por lo anterior, consideramos que el concepto de “cultura viva” resulta ser el eje transversal capaz de integrar los conceptos de *identidad territorial*, *globalización* y *patrimonio construido*, sobre la base de evidenciar la manera como localmente y, por lo mismo, en cada caso y lugar, unos y otros interactúan dando cuenta, precisamente, desde su obrar, de la manera como los mismos son apropiados, vividos y significados; lo cual exige poner de manifiesto a través de dicho concepto —el de cultura viva—, cómo se manifiesta desde allí, y en el marco de la globalización, un *patrimonio vivo* y una *identidad territorial viva*, también; es decir, despierta, insumisa, autoafirmativa e interactuante.

En este punto la pregunta no puede ser otra: ¿Estamos condenados a estar subordinados al orden global? y antes de responder, sin más, de manera afirmativa —aceptando de buena o mala gana sus consecuencias—, tendríamos que preguntarnos, mejor, que si esto es así, ¿qué clase de globalización debemos construir para que la identidad territorial —junto con el patrimonio que esta

representa— deje de ser un bien de intercambio y consumo, para que el valor de uso no devenga en valor de cambio, y para que el patrimonio represente un capital social y simbólico y no, simplemente, un bien de comercio o consumo? Esa es la magnitud de la utopía y esa es, también, como diría Harvey (2007), la razón de ser de nuestra esperanza.

- Alguacil, J. (2000). *Calidad de vida y praxis urbana*. Siglo XXI.
- Auat, A. (2011). *Hacia una filosofía política situada*. Waldhuter.
- Bernal, M. (1987). *Black Athena (The fabrication of Ancient Greece, 1785-1985)*. Rutgers University Press, New Brunswick (New Jersey).
- Bossé, M. L. (2013). As questões de identidade em geografia cultural – algumas concepções contemporâneas. In Z. Rosendahl y R.L. Corrêa (Eds.), *Geografia Cultural: Uma antologia*. EdUERJ.
- García Canclini, N. (1996). Público- privado. *Alteridades*, (6), 5-10.
- González, L. de G., F. (1999). *Ambiente y desarrollo*. IDEADE.
- Holzer, W. (2013). Sobre territórios e lugaridades. *Cidades*, 10(17), 18-29.
- Harvey, D. (2007). *Espacios de esperanza*. Ediciones Akal, S.A.
- Hernández, J. (2005). Participación y hábitat: ¿sueño posible o relación no deseada? *Revista INVI* 20, (55) 48- 81.
- Koolhaas, R. (2014). *Preservation is overtaking us*. Cambridge.
- Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Península.
- Muxí, Z. (2004). *La arquitectura de la ciudad global*. Gustavo Gili.

- Nora, P. (2016). Entre memória e história: a problemática dos lugares (Trad. Yara Aun Khoury). *Projeto História*, 10, <https://revistas.pucsp.br/revph/article/view/12101>
- Patrimonio Cultural de Chile (2005). *Memoria, cultura y creación. Lineamientos políticos* [Documento] https://www.patrimoniocultural.gob.cl/614/w3-article-5355.html?_noredirect=1
- Ricoeur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento*. FCE.
- Rosendahl, Z. y Corrêa, R. L. (2013). *Geografia Cultural: Uma antologia*. EdUERJ.
- Rossi, A. (1981). *La arquitectura de la ciudad*. Gustavo Gili, S.A.
- Ruipérez, R. (2006). *El hábitat popular: quien le teme a los pobladores*. Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez de Madariaga, I. (2008). *Esquinas inteligentes – La ciudad y el urbanismo moderno*. Alianza Editorial, S.A.
- Sarte, J.P. (2005). *El ser y la nada*. Losada [Original publicado en 1943].
- UNESCO, (s.f.). *Indicadores UNESCO de cultura para el desarrollo. Manual Metodológico*. <https://es.unesco.org/creativity/sites/creativity/files/digital-library/cdis/Patrimonio.pdf>
- Viviescas, F. (2000). De la crisis de la imagen urbana a la imaginación crítica de la ciudad. En Beatriz García (Comp.) *La imagen de la ciudad en las artes y en los medios*. Universidad Nacional de Colombia.
- Yory, C.M. (2017). *Lugar y Territorio*. Universidad Piloto de Colombia.
- Yory, C.M. (2015). *La Construcción Social del Hábitat: conceptos, indicadores y consideraciones de política pública*. Universidad Piloto de Colombia.
- Yory, C.M. (2013). *El Desarrollo Territorial Integrado. Una estrategia sustentable de construcción social del territorio, en el contexto de la globalización, a partir del concepto de Topofilia*. Universidad Piloto de Colombia.